

El morisco Ricote, Sancho Panza y Don Quijote:  
un retrato estremecedor de tres figuras en crisis  
(DQ II, 54, 62-65)

The Moorish Ricote, Sancho Panza and Don Quixote:  
A Frightful Portrait of Three Figures in Crisis

María Luisa Lugo Acevedo, Ph. D.  
Universidad de Puerto Rico  
Correo electrónico: maria.lugo2@upr.edu

“...y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo  
más de cristiano que de moro, y ruego siempre  
a Dios me abra los ojos del entendimiento y  
me dé a conocer cómo le tengo de servir.”

Morisco Ricote, *Don Quijote II*, 54<sup>1</sup>

### RESUMEN

En este artículo, la autora estudia el episodio del morisco Ricote (DQ II, 54, 62-65) cuando este personaje regresa clandestinamente a España luego del destierro. En lugar de analizar si esta escena refleja una postura pro-morisca o anti-morisca, la estudiosa propone que este episodio es esencialmente ambiguo, que permite la confluencia de tres personajes en crisis: Don Quijote, Sancho y Ricote. El morisco Ricote y el cristiano viejo Sancho Panza son personajes híbridos quienes, en sus respectivos viajes de regreso, intentan recuperar su

---

<sup>1</sup> Todas las citas de *Don Quijote de la Mancha* son de la edición de Francisco Rico, del Instituto Cervantes – Crítica, 3<sup>a</sup>. ed., 1999, que aparece citada en la Bibliografía. En adelante solo colocaré el volumen, el capítulo y la página al lado de la cita.

identidad. Don Quijote, por su parte, en su viaje de retorno a su hogar, silente y derrotado, traduce las voces desoídas y acalladas del converso.

*Palabras claves:* Morisco Ricote, Don Quijote, Sancho Panza, destierro, identidad, conversos

### **ABSTRACT**

In this article, the author studies the episode of Moorish Ricote (DQ II, 54, 62-65) when this character returns clandestinely to Spain after the exile. Instead of analyzing whether this scene reflects a pro-Moorish or anti-Moorish stance, the scholar proposes that this episode is essentially ambiguous, allowing the confluence of three characters in crisis: Don Quixote, Sancho and Ricote. The Moorish Ricote and the old Christian Sancho Panza are hybrid characters who, in their respective return trips, try to recover their identity. Don Quixote, meanwhile, on his return journey to his home, silent and defeated, translates the muted and silent voices of the convert.

*Keywords:* Morisco Ricote, Don Quijote, Sancho Panza, exile, identity, converts

## Introducción

Imaginemos que estamos en 1614, y que al igual que a Miguel de Cervantes Saavedra, nos ha llegado aquella trágica noticia que puso terror y espanto a los moriscos del valle de Ricote: la llegada de su tan temida expulsión general. El bando firmado por Felipe III, que se fue dando en varias fechas escalonadas, finalmente culminaría con el destierro de los moriscos de Ricote. Así, pues, aquel Cervantes inicialmente cauto, que en esos tiempos difíciles prefirió colocar el contexto de su novela en un “vacío histórico”, como ha indicado Pozuelo Ivancos (“Decir histórico y hacer narrativo: otra vez los moriscos del *Quijote*” 25), de buenas a primeras decidió aludir directamente a uno de los acontecimientos históricos más problemáticos de la actualidad política española del momento: la expulsión de los moriscos. Con este hecho, como ha destacado Richard Hitchcock, Cervantes evidencia “un momento de sensibilidad hacia los *issues* contemporáneos”<sup>2</sup>, que, a pesar de aquella *pedagogía del miedo* de la que hablara Bartolomé Bennassar, lo lleva a colocar frente a frente al desterrado morisco Ricote, cuando regresaba clandestinamente a España, junto al cristiano viejo Sancho Panza. Luego de un hiato de varios capítulos, el narrador también le da paso a la morisca exiliada Ana Félix, a su reencuentro con su padre Ricote, ante la mirada *distante* y *silente* de don Quijote de la Mancha. Todo ello hace que aquel vacío histórico inicial desaparezca, y como dijo Francisco Márquez Villanueva en su importante ensayo de 1975 dedicado al morisco Ricote, “la sociedad, la vida, la historia y los más hondos problemas de su tiempo se hallan, desde luego, muy presentes en el *Quijote*, pero de un modo no convencional, refinado y único” (“El morisco Ricote o la hispana razón de estado” 230).

La escena del morisco Ricote, como sabemos, ha provocado las más diversas reacciones por parte de la crítica. En unos casos, el investigador ha defendido la postura de un Cervantes anti-morisco, al asumir que las palabras de Ricote habría que leerlas de manera

---

2 Para Richard Hitchcock, la historia de Ricote al final del *Quijote* II “is an instance of the sensitivity of Cervantes towards contemporary issues” (175; énfasis nuestro).

literal, tal y como lo han indicado Marcelino Menéndez Pelayo,<sup>3</sup> Marcel Bataillon,<sup>4</sup> John Jay Allen<sup>5</sup> y G. Freden<sup>6</sup>. En otros casos, los estudiosos han sostenido que Cervantes es pro-morisco, ya que leen de forma irónica las palabras de elogio a la expulsión pronunciadas por el mismo Ricote. Entre ellos se encuentran los investigadores Salvador Fajardo, René Querillac, Karl-Ludwig Selig, Stanislav Zimic, Michael Gerli, Paul Julian Smith, David Castillo, entre otros estudiosos. Finalmente, hay investigadores que han propuesto en Cervantes una postura moderada, como lo planteó Márquez Villanueva, mientras otros han privilegiado la ambigüedad cervantina, como Luis Bernabé Pons, Luce López-Baralt, William Childers, Julio Baena y Francisco Layna Ranz.<sup>7</sup> Por todo lo

---

<sup>3</sup> Menéndez Pelayo en su libro *Historia de los heterodoxos españoles*, ve con buenos ojos la expulsión de los moriscos españoles, y llega hasta el punto de considerar un error que Felipe II “erró en hacerla a tiempo” (714). Veamos la siguiente cita de este investigador, tomada específicamente del Libro V, de su libro *Historia de los heterodoxos españoles*: “[. . .] siempre juzgaremos la gran medida de la expulsión con el mismo entusiasmo con que la celebraron Lope de Vega, Cervantes y toda la España del siglo XVII: como triunfo de la unidad de raza, de la unidad de religión, de lengua y de costumbres. Los daños materiales, el tiempo los cura; lo que fue páramo seco y deslucido, tornó a ser fértil y amena huerta; pero lo que no se cura, lo que no tiene remedio en lo humano, es el odio de razas; lo que deja siempre largo y sangriento reato son crímenes como el de los agermanados. Y, cuando la medida llegó a colmarse, la expulsión fue no sólo conveniente, sino necesaria. El nudo no podía desatarse, y hubo que cortarle; que tales consecuencias trajeron siempre las conversiones forzadas.” (715)

<sup>4</sup> Para Marcel Bataillon, en su libro *Erasmus y España*, “Cervantes compartió la hostilidad común de los españoles de su época para con una masa morisca inasimilada, prolífica, entregada a las actividades lucrativas, que no abandona nada de sus bienes ni a los ejércitos ni a los conventos. Estimó justa la expulsión en masa, en la medida en que ello era la eliminación de un Islam interior. Y tal vez esa expulsión en masa era más satisfactoria para el espíritu cristiano que la conversión forzada, aunque fuese, desde el punto de vista económico, más desastrosa. Por lo menos supo Cervantes simpatizar, con toda su humanidad, con la trágica situación de los moriscos sinceramente cristianos, asimilados, unidos por el matrimonio a familias cristianas, y obligados a pesar de todo a la expatriación. No le pidamos más; y, si alude a la libertad de conciencia que se acostumbra en otros países, no busquemos en ello la condenación secreta de una expulsión que él ha alabado públicamente, en un momento en que nada lo forzaba a hacerlo” (796-797).

<sup>5</sup> La posición de John J. Allen, expresada en su libro *Don Quixote: Hero or Fool? (Part Two)*, es la incapacidad de Allen de ver algún tipo de ambigüedad en el tema morisco y su justa expulsión. Veamos la siguiente cita del texto: “My reluctant conviction that Cervantes and I disagree on [this] issue is confirmed by my inability to identify any clues to irony in the context” (103).

<sup>6</sup> Dice Freden, citado por Márquez Villanueva (“El morisco Ricote” 233), que este crítico “se confiesa poco menos que incapaz de descifrar las ambivalencias latentes en la conversación de Sancho con Ricote y los elogios de éste al bando del destierro”.

<sup>7</sup> La bibliografía sobre la ambigüedad cervantina de estos investigadores aparece en las Obras citadas, a final de este ensayo.

dicho, advierto, que no caeré en la trampa de tratar de descifrar, sin temor a equivocarme, cuál fue la verdadera intencionalidad de Miguel de Cervantes al presentar, no sé si con audacia o con terror, la escena del regreso clandestino de un exiliado morisco a territorio español. Conocer con toda certeza qué pensaba Cervantes sobre un asunto tan álgido es, muy probablemente, “una cosa de cuya averiguación no se ha de poder llevar hasta el cabo” (*Quijote* II, 32, 897). Ante esa misión literalmente imposible, prefiero dejar hablar a los textos, y permitir que sea la misma obra cervantina la que dé luz –o acaso suscite más tinieblas– a la tan discutida escena.

En este estudio, propongo que el episodio del morisco Ricote se da en un momento en el que confluyen tres personajes en crisis que se encuentran en las postrimerías del segundo volumen. Estos son el morisco Ricote, en un viaje de regreso a España, disfrazado, para encontrar su más grande tesoro; Sancho Panza, entre alegre y triste, y vencido al salir de la Ínsula Barataria, también de regreso hacia su encuentro con don Quijote; y el caballero andante, distante, silente y, eventualmente, derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, cada uno con sus fisuras por medio de las cuales se entreveran los múltiples matices de sus respectivas identidades. Advierto que Vicente Llorens y Francisco Márquez Villanueva ya han destacado la importancia del regreso del morisco Ricote justo después de que Sancho Panza saliera de la Ínsula Barataria, pero en ambos casos los críticos han destacado principalmente el dramático contraste que hay entre la política justa de Sancho como buen gobernador, frente a la medida injusta del rey Felipe III.<sup>8</sup>

Aunque hago más las afirmaciones de estos dos extraordinarios

---

<sup>8</sup> Vicente Llorens indica en su texto “Historia y ficción en el *Quijote*”, 258-259, lo siguiente: “Sancho encuentra a Ricote después de abandonar el gobierno de la insula, o sea cuando acabamos de enfrentarnos, aunque burlescamente, con la grave cuestión del poder y la justicia. Aquí tenemos a un gobernante que, conocedor de su incapacidad, abandona el poder para encontrarse en seguida con un vecino suyo que ya no lo es a consecuencia de un acto de gobierno. Dicho acto podrá haber sido necesario, justo, oportuno, inevitable; pero el recuerdo de Sancho en la insula no nos ha abandonado todavía. Sancho, el incapaz, ha administrado justicia como todos sabemos, y ha dejado su cargo sin haber hecho derramar una lágrima, mientras que ahora, aunque ya no estemos en ninguna insula ficticia sino en una península real, los llantos de todo el pueblo de Don Quijote, ese pueblo que nunca se nombra [a tenor con ese vacío histórico del nos habla Pozuelo Ivancos], acompañan a la hija de Ricote cuando sale para su destierro”.

investigadores, creo que habría algo más que decir sobre el momento que selecciona la mano creadora de Cervantes para el famoso encuentro del morisco Ricote con Sancho Panza. Por mi parte, considero que este encuentro es más significativo, ya que tanto Sancho como Ricote se encuentran en un viaje de regreso, un viaje de retorno, que es como un viaje a la semilla, como diría el cubano Alejo Carpentier por medio de su relato de 1944, para adentrarse en las complejidades más íntimas de su ser.

Respecto a don Quijote, sabemos que éste solo aparece en el segundo encuentro que se da entre Sancho y el morisco Ricote, en tierras de Barcelona, cuando aparece la morisca exiliada, Ana Félix, también de regreso a España. En las postrimerías de este segundo volumen, don Quijote se mantiene como espectador del gobierno de Sancho en la Ínsula Barataria, y como espectador de la historia de la hija del morisco Ricote. Este don Quijote distante, desilusionado y casi en silencio, sujeto de las burlas de los duques y de los personajes-lectores del primer volumen, es derrotado por el Caballero de la Blanca Luna. Esta derrota hace que don Quijote renuncie al ejercicio de las armas, a las que tanto había defendido en el primer volumen, a imagen y semejanza de lo que le sucedió a Sancho al final de su estancia en la Ínsula Barataria. Esta derrota hace que don Quijote advenga al momento más trágico de su historia, o como yo diría, a su crisis más profunda, crisis que le permitirá, a don Quijote y a cada uno de estos personajes, adentrarse en sus respectivas problemáticas señas de identidad. Veamos, en primer término, el caso del morisco Ricote.

### **Ricote: un morisco en crisis**

Imaginemos que tenemos el texto del *Quijote* en nuestras manos y que abrimos el segundo volumen de la novela, precisamente en el capítulo 54 titulado: “Que trata de cosas tocantes a esta historia, y no a otra alguna” (II, 54, 1067). Allí, uno de los narradores borrosos o, como diría James Parr, el editor o supernarrador que aparece a lo largo de la historia (“Narración y transgresión en el *Quijote*” 120-121), parecería que acompañara al interesado lector como guía o apuntador en la lectura. Éste se ocupa de informar que es necesario dejar momentáneamente a un lado a don Quijote, para “acompañar a Sancho

quien, entre *alegre y triste*, venía caminando sobre el rucio a buscar a su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas” (II, 54, 1068). No habiéndose alejado mucho de la supuesta isla, el narrador indica que Sancho vio venir seis peregrinos extranjeros, de los que piden limosna. Este Sancho caritativo, según Cide Hamete, les dio medio pan y medio queso, diciéndoles que no tenía otra cosa que ofrecer. Los peregrinos, por su parte, le piden dinero, pero Sancho les dio a entender que no tenía moneda alguna, y como continúa diciendo el narrador, decide seguir su camino en el rucio. En este momento, este supernarrador cede su voz a uno de esos peregrinos, quien habiendo estado mirando a Sancho, “le echa los brazos por la cintura, y en voz muy alta y muy castellana”, le dice:

—¡Válame, Dios! ¿Qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi *caro amigo*, al mi *buen vecino* Sancho Panza? Sí tengo, sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho.

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino, y después de haberle estado mirando, *sin hablar palabra*, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspensión el peregrino, le dijo:

—¿Cómo y es posible, Sancho Panza *hermano*, que no conoces a tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con más atención y comenzó a raffigurarle, y finalmente le vino a conocer de todo punto y, sin apearce del jumento, le echó los brazos al cuello y le dijo:

—¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en este traje de moharracho que traes? Dime quién te ha hecho franchote y cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura.

—Si tú no me descubres, Sancho, —respondió el peregrino—, seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca... (II, 54, 1069)

De las palabras de Ricote se destaca el sentimiento de amistad

que existe entre él y Sancho, a quien llama caro amigo....buen vecino y hermano. Sancho, por su parte, reciproca esa amistad, pues tan pronto le reconoce, lo abraza y se preocupa por la seguridad de su amigo. No olvidemos que la pena contemplada para aquellos moriscos que se atrevían a volver a España era la muerte, una nueva expulsión o la condena a galeras. Ricote, por su parte, confía plenamente en su “disfraz” de franchote, pues con éste ni el mismo Sancho le habría reconocido, pero más importante aún, confía en la discreción o prudencia de su amigo, quien no lo delatará. Por todo lo anterior, Ricote decide, sin que nadie se lo pregunte, confesarle a Sancho todas las peripecias de su dolorosa travesía por tierras de Berbería y de Europa.

En medio de ese encuentro y de su eventual despedida, que irradia, a todas luces, una sincera amistad, se encuentra uno de los pasajes más conmovedores de este texto literario. Me refiero al lamento de Ricote que, para un sector de la crítica presenta a un Cervantes pro-morisco y, para otros, un Cervantes anti-morisco. Desde mi perspectiva, los capítulos dedicados a Ricote le permiten a Cervantes presentar la complejidad del morisco español a través de este personaje que es simultáneamente único y plural. Como señala Pozuelo Ivancos, gracias a Ricote podemos ver, por ejemplo, a los moriscos que no tenían igual dominio de la lengua castellana, en contraposición a los que hablaban un perfecto castellano; a los que no eran igual de creyentes cristianos, así como a los cristianos; a los que eran finos moros; a los que se anticiparon al Decreto oficial, frente a los que esperaron hasta el momento final para marcharse del país; a los que se dirigieron a Berbería, mientras otros optaron por irse a tierras como Francia o Alemania; a los más aculturados o asimilados, que beben vino y comen jamón como Ricote, o al morisco que prefería construir una relación mestiza, como la que se da entre Ricota y el hidalgo manchego Pedro Gregorio, entre múltiples otras posibilidades (“Decir histórico y decir literario: otra vez los moriscos” 29). De esta diversidad morisca nos ha dado cuenta Luce López-Baralt en su estudio de conjunto titulado *Los últimos musulmanes de España*, en el que, “a base de las nuevas fuentes documentales y de las nuevas tendencias críticas”, “la figura del morisco se ha ido refractando de las maneras más diversas ante el lector contemporáneo” (18). Como destaca la estudiosa, estos



moriscos podían ir fluctuando desde un morisco inasimilable, cruel, vengativo o doble agente, hasta un morisco híbrido, profundamente musulmán y plenamente español, entre otras modalidades (19).

Pero, lo sorprendente en el caso de esta novela cervantina es que algunas de esas contradicciones que los estudiosos del tema han encontrado en diferentes moriscos o en diferentes comunidades de criptomusulmanes, se dan de forma simultánea en el discurso del morisco Ricote. En su lamento, Ricote afirma que el bando de expulsión “puso terror y espanto en todos nosotros” (II, 54, 1071), obligándolo a irse al destierro, ya que consideró “que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo” (II, 54, 1071-1072). Considera, además, que fue “inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución” (II, 54, 1072), aunque esta expulsión justa le hubiese llevado también a afirmar que “Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural” (II, 54, 1072). Como vemos, Ricote critica y alaba simultánea y zigzagueantemente el destierro, que lo llevó a moverse a Berbería, lugar donde esperaba ser bien recibido, pero allí resultó que es donde más le ofenden. Finalmente, termina con una de las expresiones patrióticas más profundas de la literatura española: “y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria” (II, 54, 1071-1072).<sup>9</sup>

Esta confesión de Ricote traduce el retrato estremecedor de la conciencia turbada de un morisco en crisis. En primer lugar, es un morisco que se ha visto forzado a separarse de su familia al tener que irse al exilio: así que es un morisco desterrado y desgarrado. En segundo lugar, es un morisco esencialmente en crisis, pues su alma está ontológicamente dividida. De un lado, parte de su ser reconoce que, tanto el ejecutor de la medida, el conde de Salazar, como el rey Felipe III, pusieron en práctica un bando de expulsión que fue justo, hasta el punto de catalogar el edicto como “gallarda resolución”

---

<sup>9</sup> Estas palabras contradictorias de Ricote también se encuentran en el *Quijote* II, 65, 1166: “¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!”

o “inspiración divina”, debido a los ruines y disparatados intentos que tenían algunos moriscos, llamados “sierpes” por él mismo, convirtiéndose, pues, en uno de aquellos apologistas anti-moriscos que escribieron en la España inquisitorial del Siglo de Oro. Pero, de otro lado, su mismo ser también le hace pronunciar una de las palabras que revelan uno de los amores más profundos que puede experimentar el ser humano: el amor a la patria, al decir: “y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria”.

Estos sentimientos contradictorios de Ricote se observan de manera muy particular en la definición ontológicamente híbrida que nuestro morisco le confiesa a Sancho sobre su identidad y la de su familia. Me refiero a las siguientes palabras de Ricote:

. . . en resolución, Sancho, *yo sé* cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque *yo no lo soy* tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir. (II, 54, 1073-1074; énfasis nuestro)

Si nos valemos en este momento de la teoría postcolonial de Homi Bhabha, veríamos que la misma es pertinente para explicar, en gran medida, la crisis de Ricote. El caso de nuestro morisco se parece a la mentalidad literalmente escindida –por ejemplo– del converso Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, o a más aún, a la del morisco encubierto, autor del manuscrito aljamiado S-2, quien “pugna por seguir siendo musulmán en España y por seguir siendo ‘español’ en Túnez” (*Tratado de los dos caminos* 41). Ricote, al igual que el morisco autor del S-2, parecería que “divide su psique profunda en dos voces antitéticas para dirimir consigo mismo sus conflictos” más íntimos y posiblemente trágicos (*Tratado de los dos caminos* 100). La teoría de Homi Bhabha se destaca porque da un paso adelante en la teoría postcolonial fundamentada principalmente en las oposiciones dicotómicas fijas, para proponer, en su lugar, las nociones de *ambivalencia* e *hibridez* como estrategias que producen fracturas en el discurso del

sujeto en donde se mezcla la atracción y la repulsión que caracteriza la relación entre el colonizador y el colonizado.

Por medio de esta teoría podemos explicar cómo Ricote, con su propia voz, no solo alaba y lamenta la expulsión de los moriscos, sino que por medio de ella pronuncia una definición híbrida de su ser y de su familia. En esa definición establece que su esposa y su hija sí son católicas cristianas, al afirmar contundentemente en primera persona “yo sé cierto que la Ricota, mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas”, en contraposición a la identidad fragmentada o diluida de su ser, al afirmar muy agónicamente, también en primera persona, que, “aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro” (II, 54, 1074). Como diría Homi Bhabha, el morisco Ricote, en su crisis identitaria, es capaz de hablar bien y mal de su casta, e igualmente, bien y mal del opresor, porque él es poseedor de lo que el teórico que venimos citando ha llamado identidad fluctuante. De otra parte, nuestro híbrido morisco también es capaz de definir, con voz afirmativa y tal vez hasta con cierta actitud positiva, que su esposa y su hija son católicas cristianas, mientras que él, por el contrario, se encuentra diluido entre las dos aguas del cristianismo y el Islam. Cervantes, en esta breve escena del morisco Ricote, hace como el autor del ms. S-2: deslizar muy hábilmente sus contradicciones o, como Luce López-Baralt ha indicado, refiriéndose al refugiado morisco en Túnez, las “paradojas culturales más extremas [...de] un autor disidente y un autor maurófilo” de forma simultánea (*Los últimos musulmanes de España* 472). Habiendo visto la crisis de la identidad fluida de Ricote, complementemos la misma con la crisis de Sancho Panza.

### **Sancho Panza: un cristiano viejo en crisis**

Como ya he adelantado, Cervantes ha decidido que el encuentro entre Ricote y Sancho se dé justo cuando este último salga de la Ínsula Barataria. Nuestro escudero se encuentra triste, lloroso y vencido, pues no pudo luchar contra la sedición armada que le abrumba y le atormenta en el capítulo final de su gesta como gobernador. Por tal razón, decide salir de ella, pues como dice el mismo Sancho:

Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. (II, 53, 1065)

Desde que comenzamos a leer el capítulo 53 del segundo volumen del *Quijote*, en el que el supernarrador informa, citando a Cide Hamete, que el gobierno de la ínsula Barataria se esfumará, notamos que ya se anticipa el tono de lamento que anuncia la derrota que Sancho sufrirá en este capítulo. Gracias a la cita directa que rescata para los lectores el narrador borroso, podemos entrever que la derrota de Sancho se debe a que él no es capaz de afrontar los asuntos de guerra que también tienen que asumir los gobernadores, aunque en este caso, como sabemos, todo es una falsa batalla. Así pues, aquel Sancho que había anhelado ardientemente ser el gobernador de la Ínsula Barataria, ahora lo vemos alejarse de ella porque ha decidido abandonar “las torres de la ambición y de la soberbia” (II, 53, 1065) para recuperar la antigua identidad de su ser. Como indica Francisco Layna Ranz, tanto Ricote como Sancho:

. . . están de regreso para confirmar quiénes son: Sancho, un labrador que soñó con dejar de serlo y disfrutó del beneficio de la oportunidad; también un cristiano viejo, que lo es como marca identificativa de su filiación a lo correcto; y, en fin, un súbdito que tuvo a su vez los suyos para experimentar en persona el error cometido. (*La eficacia del fracaso* 303).

Luego del párrafo inicial del capítulo 53, el narrador da cuenta de que Sancho está en su cama, justo en la séptima noche de su gobierno, ya harto de “juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas” (II, 53, 1061), con sueño y con hambre, muy confuso, y lleno de temor y espanto debido al ruido de campanas y voces que parecería “que toda la ínsula se hundía” (II, 53, 1061). Ante la amenaza de guerra, a Sancho Panza se le viste para ir a ella, “disfrazándolo” con

dos pavesees o escudos de gran tamaño, que le colocan uno al frente y otro detrás, de forma tal que quedó “emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso” (II, 53, 1062). “Pusiéronle, además, una lanza, y le animaron a que los guiase a todos, pues él era su norte, su lanterna y su lucero” (II, 53, 1062). El miedo le impedía a Sancho caminar, y al intentar hacerlo, dio consigo en el suelo, y como dice el narrador, “quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artesas, o bien así como barca que da al través en la arena” (II, 53, 1063). Es decir, Sancho queda atrapado, encapsulado, encallado, humillado, animalizado, en fin, metafóricamente derrotado. En su angustia, Sancho, todo molido, le suplica a Dios que “se acabe de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia” (II, 53, 1064), y el cielo parece escucharle, pues cuando menos lo esperaba, escucha una voz que proclama la victoria de Sancho y su gente sobre los enemigos. Esta falsa victoria solo produce en Sancho un desmayo, y cuando vuelve en sí, se viste (con la vestimenta que le da identidad), se va a la caballeriza, y con lágrimas en los ojos, le habla a su interlocutor preferido, su rucio (como si se hablara a sí mismo), recordando su vida pasada.

Como vemos, este Sancho en crisis, aunque vencido, en un acto de autoafirmación, decide ir en busca de su esencia y de su libertad. Uniéndonos a Layna Ranz, consideramos que el Sancho vencido en la Ínsula Barataria está en el mejor momento para encontrarse con Ricote, pues ambos son dos personajes que desean ratificar lo que eran en esencia, y se encuentran de retorno, de vuelta a sus orígenes, para “confirmar quiénes son” (304). ¿Quién es en el fondo Ricote? Es ese morisco dual, híbrido, poliédrico, conflictivo, ambiguo, que regresa de manera clandestina a España para desenterrar su *tesoro*, metáfora significativa que pudiera implicar la búsqueda de su esencia en lo más profundo de su ser. Buscar su verdadera identidad no implica necesariamente saber con exactitud quién uno es. Si nos valemos, por ejemplo, de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, el sujeto se conoce a sí mismo, no simplemente por lo que dice de sí sino por cómo lo enuncia. Cuando se afirma la identidad a través de un contundente yo primopersonal, como lo hizo don Quijote con su “Yo sé quién

soy” (I, 5, 73), en el primer volumen de la obra, o como lo hace ahora Ricote, por medio de su “yo sé cierto”, frase que suena un tanto más jubilosa que su lacónica sentencia “y aunque yo no lo soy tanto”, tenemos a un personaje baciyélmico que, a pesar de todo, construye su identidad a través del pronombre yo. Como propuse en un estudio sobre la inestabilidad del nombre en el personaje de don Quijote, Ricote, al igual que el caballero andante, construye su identidad por medio de la enunciación del pronombre. Como han indicado Wittgenstein y Butler, el pronombre yo constituye un verdadero nombre real, aunque la gramática normativa no lo exprese de esa manera. Por lo tanto, aunque Ricote diga que él es más moro que cristiano, evidenciando una crisis de identidad, en el fondo él está seguro que en su ser está la otredad, o como dijo Whitman, *multitudes*. De esta manera, la crisis de Ricote es el espejo que refleja la misma tensión que sentirían todos aquellos criptomusulmanes que vivían en aquellos tiempos recios de la España inquisitorial del siglo XVII.

Sancho, por su parte, es ese cristiano viejo a quien, en su afán de “mandar, aunque sea a un ható de ganado” (II, 42, 968), le disfrazan para ser el gobernador de la ínsula Barataria. Como dice el duque, Sancho debe ir “vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que el duque le da “tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas” (II, 42, 968). Observe el lector el doble disfraz que tendrá que usar Sancho, aunque el narrador insista que, vístanle como le vistan, “de cualquier manera que vaya vestido será Sancho Panza” (II, 42, 968). Durante sus días como gobernador, Sancho utiliza el buen juicio para resolver los problemas que traen a su atención, así que, en cierta medida, en las letras lo hace bien, pero en las armas, fue un absoluto fracaso. Su “disfraz” para las armas, ridículo e inadecuado, le deja “encerrado y cubierto con sus conchas”, o encallado, “como la barca que da al través en la arena” (II, 53, 1062). En fin, Sancho Panza, como cristiano viejo, también experimenta en carne propia lo que es ser simultáneamente el súbdito del rey Felipe III y el gobernador de sus conciudadanos en la Ínsula Barataria. Por medio de su derrota en las armas es que Sancho descubre que ya no le satisfacen los sinsabores de ese gobierno que tanto había anhelado, y que frente a los avatares de la guerra, este cristiano viejo prefiere,

en su lugar, el sentido común, que es el que él practica; la justicia y, evidentemente, la paz. Por tal razón, Sancho afirma de manera contundente: “y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través” (II, 55, 1083). Por lo tanto, es este Sancho baciyélmico, entre triste y alegre, jefe de la ínsula y subalterno de Felipe III, encallado y en busca de su libertad, el personaje que Cervantes selecciona para colocarlo al encuentro con Ricote, un personaje tan baciyélmico como él. Sancho –cristiano viejo–, al igual que Ricote –el morisco–, son personajes en crisis que deciden retornar, y a pesar de todos sus dobleces, ambos van en busca de su más grande tesoro: hacia el encuentro de su verdadera y compleja identidad. Podríamos decir que, en este sentido, tanto Sancho como Ricote asumen muy bien las palabras del escritor José Saramago, “Vivimos para intentar decir quiénes somos”.

Cumple que destaque, aunque sea brevemente, la escena en la que Sancho, habiéndose despedido de su amigo Ricote para ir a su encuentro con don Quijote, cae sepultado en una sima junto a su jumento. Aunque esta caída pudiera interpretarse como la culminación de la derrota de Sancho, también la entrada a esta sima, especie de cueva, se podría interpretar como una introspección psicológica que implica el conocer y enfrentarse a lo inconsciente, a lo profundamente oculto de la propia personalidad. Desde el punto de vista de la psicología profunda, como indica Biedermann, “el regreso al interior de la cueva es un hecho primario. Es simplemente la seguridad y la protección. Entrar a la cueva significa, expresado psicológicamente, el retorno al vientre de la madre, y la renuncia de la vida terrena en beneficio de la innata vida superior” (*Diccionario de símbolos* 144). Este adentrarse en la sima es un viaje al interior para recuperar su identidad, de la misma forma que lo hizo don Quijote cuando entró, igualmente solo, a la Cueva de Montesinos. En síntesis, el que Sancho se desvista de las armas, disfraz que le impusieron, y se vista con la ropa que le da identidad, unido a su viaje de regreso y a su introspección al caer en la sima, refleja igualmente la crisis profunda que también tendrían muchos cristianos viejos de aquella época, quienes al igual que Sancho, estarían dirimiendo, buscando o afirmando las complejidades de su agónica identidad.

## **Don Quijote de la Mancha: un personaje en crisis**

He dejado para el final a don Quijote, pues en esta aventura del morisco Ricote, nuestro caballero andante parecería que realiza únicamente la función de observador. Don Quijote ha estado ausente en la escena de la Ínsula Barataria e, igualmente, en la del primer encuentro entre Sancho y Ricote. Asimismo, durante el largo lamento de Ana Félix, don Quijote ha mantenido una actitud pasiva. Como sabemos, cuando atrapan al arráez y están a punto de ahorcarle, entran a la galera el virrey de la ciudad de Barcelona junto a sus criados y algunas personas del pueblo, entre las que se encontraba el morisco Ricote. Cuando le preguntan al arráez su identidad, éste confiesa que no es moro ni hombre, sino una mujer cristiana, hija de moriscos, y a ante todos ellos pronuncia, como lo había hecho Ricote en el capítulo 54, un largo lamento en el que indica que la tragedia morisca del exilio ha sido, nada más y nada menos, que un *mar de desgracias*.

¿Quiénes se conmueven ante la lamentable historia de Ana Félix? En primer lugar, el virrey, quien “tierno y compasivo, sin hablarle palabra, se llegó a ella y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba” (II, 63, 1154-1155). En segundo lugar, Ricote, ese anciano peregrino que tiene acceso a la galera cuando entró el virrey, quien con mil sollozos y suspiros, se arroja a los pies de su hija y se presenta ante todos como su padre; y, en tercer lugar, Sancho Panza, quien proclama ante todos que Ricote y Ana Félix son, en efecto, padre e hija, aunque se cure en salud diciendo que “en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto” (II, 63, 1155).

En cambio, don Quijote, durante toda la escaramuza que ocurre entre los miembros de la tripulación que ocupa el bajel turco y los de las galeras españolas (escenas que de seguro le traerían a la memoria a Cervantes aquella batalla de Lepanto, e inclusive, la experiencia de su cautiverio en Argel, que tanto ha trabajado María Antonia Garcés), se mantiene alejado, distante y prácticamente mudo. El lector tiene que esperar hasta el capítulo 64 para que don Quijote intervenga en la acción, cuando le indique a don Antonio Moreno que hubiera sido mejor “que le pusiesen a él en Berbería con sus armas y caballo” para rescatar a don Pedro Gregorio, en lugar de haber enviado al renegado,



porque él era capaz de sacar a “toda la morisma, como había hecho don Gaíferos a su esposa Melisendra” (II, 64, 1157). Esta oferta que hace don Quijote, como sabemos, ocurre a destiempo, pues ya se había decidido que el renegado sería el personaje que rescataría a don Pedro Gregorio de tierras argelinas.

De otra parte, dos días después de que el renegado hubiese partido hacia Argel para rescatar al cautivo cristiano, don Quijote se paseaba por la playa, “armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear” (II, 64, 1157). Justo en ese momento aparece el Caballero de la Blanca Luna (que en realidad es Sansón Carrasco, en uno de sus tantos disfraces), quien vence a don Quijote, tirándolo, tanto a él como a Rocinante, al suelo. Don Quijote quedó “todo molido y aturdido”, y “con voz debilitada y enferma” (II, 64, 1160), no quiso confesarle al Caballero de la Blanca Luna que la dama de este caballero fuera más hermosa que la suya, la ya tan famosa Dulcinea del Toboso. Como castigo por haber sido vencido, don Quijote se tiene que retirar un año del oficio de la andante caballería, hecho que le ocasionó a nuestro caballero su mayor pesadumbre, como apunta el título del capítulo 64. No olvidemos que esta derrota de don Quijote hace que nuestro caballero andante sea simultáneamente vencedor y vencido: en un caso, vencedor al derrotar al Caballero de los Espejos, y vencido al perder ante el Caballero de la Blanca Luna, que nos recuerda tanto al Islam. Pero la derrota de don Quijote, como veremos, no fue solo física. Al igual que su escudero cristiano Sancho Panza, don Quijote también adviene a su crisis más profunda justo en las postrimerías del segundo volumen. Habiendo sido derrotado, éste se encuentra triste y pensativo, hasta el punto que tiene que recibir el consuelo de su escudero Sancho Panza. Cuando don Antonio anuncia con grandísimo contento que ya han rescatado a Pedro Gregorio, don Quijote desea que todo hubiese salido al revés, para que, de esta manera, él hubiese podido ir a Argel a rescatarlo. Por supuesto, ya todo esto es absolutamente imposible, como indica el mismo don Quijote al reflexionar: “Pero ¿qué digo miserable? ¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy yo el que no puede tomar arma en un año?” (II, 65, 1164). Como vemos, aquel que deseó ser el caballero andante, para ayudar a las viudas, a

los menesterosos, a los cautivos, ya no puede llevar a cabo las tareas que tanto deseaba, pues ha sido vencido, nada más y nada menos, que por el Caballero de la Blanca Luna. Por tal razón, el supernarrador indica al finalizar el capítulo 65, que don Quijote y Sancho se marchan. El primero, “*desarmado y de camino* [es decir, vestido de camino, con su nueva vestimenta, que le da una nueva identidad que no es la de caballero andante, que en el fondo, siempre ha sido un disfraz que él mismo se autoimpuso]; Sancho, *a pie*, por ir el rucio cargado con las armas” (II, 65, 1166; énfasis nuestro). Como vemos, ambos van despojados de sus antiguas vestiduras, y vestidos con la que les da su verdadera identidad, dejando las armas sobre el rucio. Esta escena recuerda el poema *Vencidos*, de León Felipe, publicado en su cuaderno *Versos y oraciones del caminante*, que dice:

Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura,  
y va ocioso el caballero, sin peto y sin espaldar ...

va cargado de amargura...

va, vencido, el caballero de retorno a su lugar. (Tomado de *Entre los poetas míos* 31-32)

La actuación de don Quijote como simple observador se podría interpretar como la mirada silente que paradójicamente dice más que mil palabras. El silencio, ya lo ha dicho Ruth Fine, pudiera considerarse como una huella reconocible “de la situación conversa poblada de voces que a menudo sólo la literatura nos permite rescatar y, primordialmente, escuchar” (“Voces y silencios” 2). Estas voces desoídas, acalladas o distanciadas, pueden revelar una fisura por medio de las cuales se puede entrever la situación conversa. Como he mencionado, no es que don Quijote o Cervantes sean, en esencia, judeoconversos, cosa que no se ha probado a cabalidad, pero si hacemos nuestras las palabras de Juan Diego Vila, cuando Cervantes habla del morisco o de un posible judío encubierto, en el fondo está hablando del converso en general, ya que “el Quijote es un texto que vocifera mudamente el escándalo de la conversión [...ya que] el Quijote [tal vez] nos cuenta la afebrada y problemática constitución de

un colectivo sin derecho a existir y sin permiso para nombrarse a sí mismo” (“El Quijote y la sugestión conversa” 526). Don Quijote, como Sancho Panza, e igualmente como el morisco Ricote, pudo experimentar en carne propia la sensación de sentirse derrotado, en su caso, por el Caballero de la Blanca Luna, con todo lo que implica este nombre, precisamente en la playa de Barcelona, lugar considerado por Julio Baena como el limes de la vida y la muerte, es decir, el *finis terrae* (517).

Estos silencios no se dan exclusivamente en el personaje de don Quijote, como he presentado, sino que también se observan, inclusive, en don Gregorio y Ana Félix, quienes al reencontrarse luego de que el renegado trajera al cautivo cristiano de regreso desde Argel, se comunican sin palabras, como indica el texto: “El silencio fue allí el que habló por los dos amantes y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos” (II, 65, 1165). E, inclusive, en Sancho Panza, quien al verse llamar por su nombre por aquel forastero y de recibir su abrazo, lo mira muy atento y queda, dice el texto, igualmente sin palabras. También se pueden ver en otros personajes de la obra, como por ejemplo, en la mora Zoraida, o en otras obras en donde las voces, los silencios o los largos monólogos de los personajes moriscos o judeoconversos, como el Pleberio de Rojas, traducen la profunda crisis que hubo en aquellos personajes pertenecientes a todas las castas.

Como indiqué desde el principio, yo no puedo decirles que Miguel de Cervantes sea pro-morisco o anti-morisco. Lo que sí puedo revelarles es que, en la obra cervantina, y en específico, en estos capítulos del morisco Ricote en el que confluyen Sancho, el morisco exiliado y don Quijote, se sintetiza la tensión en la que vivían aquellos cristianos viejos, criptomusulmanes y judeoconversos en la España del XVII. A lo largo de esta exposición he presentado cómo Ricote, a la luz de la teoría postcolonial, es un morisco en crisis, que intenta regresar a su patria, en un viaje de retorno, para recuperar su más grande tesoro: su escindida identidad. Igualmente, vimos cómo, a la luz de la filosofía del lenguaje, Ricote presenta, a su vez, una definición híbrida de su ser, esgrimida a través del pronombre yo. También hemos visto cómo Sancho Panza, cristiano viejo, en su viaje de regreso, se despoja

de su falsa vestidura, que lo encapsula y lo detiene, para adentrarse en su verdadera identidad, metaforizada en su entrada a las profundas entrañas de la sima. Y Don Quijote, silente, derrotado y en su función de observador, en su eventual viaje de regreso a su hogar, presenta la complejidad del converso que se ha quedado afásico, pero que su silencio, al ser derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, habla más que mil palabras. Su mudez es un grito de la voz agónica del converso en general en toda su complejidad. Concluyo: Sobre si la escena que he comentado pudiera servir para afirmar categóricamente si Cervantes fue pro-morisco o anti-morisco, les confieso que no tengo respuesta. Pero si dejo hablar al texto cervantino, prefiero hacerme eco de estas palabras de don Quijote, quien muy sabiamente intuyó y nos reveló la mejor respuesta: “estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo” (II, 32, 897).

## OBRAS CITADAS

- Allen, John Jay. *Don Quixote. Hero or Fool. Part Two*. Gainesville: University of Florida, 1979.
- Baena, Julio. “Sintaxis de la ética del texto: Ricote en el *Quijote II*, la lengua de las mariposas”. *Bulletin of Spanish Studies* 83.4 (2006): 507-524.
- Bataillon, Marcel. *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. 2da reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica, 1982. (1a. ed. en francés, 1937). Bennassar, Bartolomé. “Inquisición o la pedagogía del miedo.” en: Bartolomé Bennassar, (ed.). *Inquisición española: poder político y control social*. Barcelona: Editorial Crítica, 1981. 94-125.
- Bernabé Pons, Luis. “De los moriscos a Cervantes”. *eHumanista/Cervantes* 2 (2013). En línea.
- Bhabha, Homi. *The Location of Culture*. London: Routledge, 1993.
- Biedermann, Hans. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Butler, Judith. *Lenguaje, poder e identidad*. Prólogo de Javier Sáez y Beatriz Preciado. Trad. Javier Sáez y Beatriz Preciado. Madrid: Síntesis, 2004.

- Castillo, David R. (A)wry Views: Anamorphosis, Cervantes and the Early Picaresque. West Lafayette: Indiana U. P., 2001. 88–93.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico. Barcelona: Critica, 1999.
- Childers, William P. “Recordando el futuro: los moriscos cervantinos y la inmigración magrebi actual.” En Francisco Caudet & Kerry Wilks, eds. *Estas primicias del ingenio. Jóvenes cervantistas en Chicago*. Madrid: Castalia, 2003. 73-98.
- . “‘Esta hermosa Jarifa es la linda Dulcinea del Toboso’: cuestiones moriscas en el Quijote de 1605”. *eHumanista/Cervantes* 1 (2012): 568-593. <http://www.ehumanista.ucsb.edu/Cervantes/volume%201/33%20childers.pdf>
- Díaz Migoyo, Gustavo. “La paradójica identidad del morisco Ricote”. *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, Seúl, 17-20 de noviembre de 2004*. España: Universidad de Hankuk, Seúl, 2005. 43-52.
- Fajardo, Salvador. “Narrative and Agency: The Ricote Episode (Don Quijote II).” *Bulletin of Hispanic Studies* 71 (2001): 311-322.
- Felipe, León. *Entre los poetas míos...*Colección antológica de poesía crítica. Volumen 2. Biblioteca Virtual Omegalfa. <http://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/cuaderno-de-poesia-critica-n-2-leon-felipe.pdf>.
- Fine, Ruth. “Voces y silencios: Los llantos de Pleberio y Agi Morato o la representación del converso en Rojas y Cervantes”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2013.
- Friedman, Ellen G., “Christian Captives at “Hard Labor” in Algiers, 16th-18th Centuries”. *The International Journal of African Historical Studies*, 13.4 (1980): 16-32.
- Galmés de Fuentes, Álvaro. *Tratado de los dos caminos*, por un morisco refugiado en Túnez (Ms. S 2 de la colección Gayangos, Biblioteca de la Real Academia de la Historia), Preparado para la imprenta por Juan Carlos Villaverde Amieva con un estudio preliminar de Luce López-Baralt, Oviedo (Instituto Universitario Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid y Seminario de Estudios Árabo-Románicos de la Uni-

- versidad de Oviedo -Colección de literatura española aljamiado-morisca CLEAM no. 14), 2005.
- Garcés, María Antonia, *Cervantes in Algiers: A Captive's Tale*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2002.
- Gerli, Michael. "Rewriting Myth and History: Discourse of Race, Marginality, and Resistance in the Captive's Tale (Don Quijote I, 37-42)". *Refiguring Authority. Reading, Writing, and Rewriting in Cervantes. Studies in Romance Languages*, 39. Lexington: The U Press of Kentucky, 1995. xi + 137 pp.
- Hitchcock, Richard. "Cervantes, Ricote, and the Expulsion of the Moriscos." *Bulletin of Spanish Studies* 81.2 (2004): 175-185.
- Hutchinson, Steven. "Poética de la emoción: de la risa a la grandeza de Sancho". *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1-5 septiembre 2003. Ed. Alicia Villar Lecumberri. 2 vols. n.p. [Palma de Mallorca]: Asociación de Cervantistas, 2004.2: 1372-84.
- Johnson, Carroll B., *Cervantes and the Material World*. Urbana, Il.: University of Illinois Press, 2000.
- Layna Ranz, Francisco. *La eficacia del fracaso. Representaciones culturales en la Segunda Parte del Quijote*. Madrid: Polifemo, 2005.
- Lee, Christina H. "Don Antonio Moreno y el 'discreto' negocio de los moriscos Ricote y Ana Félix". *Hispania* 88.1 (2005): 32-40.
- Llorens, Vicente. "Historia y ficción en el *Quijote*". En: *El Quijote*, ed. de George Haley. Madrid: Taurus, 1980. 263-285.
- López Fanego, Otilia, "Algo más sobre Sancho y Ricote". *Anales Cervantinos* 30 (1983): 73-81.
- López-Baralt, Luce. *Los últimos musulmanes de España*. Madrid: Trotta, 2009.
- Lugo Acevedo, María Luisa. "Yo sé quién soy": acerca de cómo Don Quijote construye su identidad a través del nombre". *Cervantes* 33.2 (2013): 173-192.
- Márquez Villanueva, Francisco. "El morisco Ricote o la hispana razón de estado". En: *Personajes y temas del Quijote*. Madrid: Taurus, 1975. 229-236.

- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. PDF
- Moner, Michel. “El problema morisco en los textos cervantinos”. Inés Andrés-Suárez ed. *Las dos grandes minorías étnico-religiosas en la literatura española del Siglo de Oro: los judeoconversos y los moriscos*. Actas del Grand Séminaire de Neuchâtel (Neuchâtel, 26 a 27 de mayo de 1994). París: Les Belles Lettres, 1995. 85-100.
- ., “Moros y cristianos en el Quijote: el caso de Zoraida, la mora cristiana (Don Quijote I, 37-42)”, en Caroline Schmauser y Monika Walter (eds.), ¿“¡Bon compañero, jura Di!”? *El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*, Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert / Iberoamericana, 1998. 49-62.
- Parr, James. “Narración y transgresión en el Quijote”, en: *Confrontaciones calladas*, ed. James A. Parr. Madrid: Orígenes, 1990. 107-126.
- Pozuelo Ivancos, José María. “Decir histórico y hacer narrativo: otra vez los moriscos del *Quijote*”. *Boletín Hispánico Helvético* 6 (2005): 25-41.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Random House, 1979.
- Saramago, José. “Vivimos para intentar decir quiénes somos”. [Entrevista] <http://eljineteinsomne2.blogspot.com/2008/11/jose-saramago-para-intentar-decir.html>
- Schmauser, Caroline y Monika Walter (eds.). ¿“¡Bon compañero, jura Di!”? *El encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina*. Frankfurt am Main, Madrid: Vervuert-Iberoamericana, 1998.
- Solá, Emilio y José F. De la Peña. *Cervantes y la Berbería: Cervantes, mundo turcoberberisco y servicios secretos en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Quérillag, René. “Los moriscos de Cervantes”. *Anales Cervantinos* 30 (1992): 77-98.
- Selig, Karl-Ludwig. “The Ricote Episode in “Don Quixote”: Observations on Literary Refractions.” *Revista Hispánica Moderna*. 38. 3 (1974/1975): 73-77.

- Smith, Paul Julian. "The Captive's Tale: Race, Text, Gender", en *Quixotic Desire*, ed. Ruth El Saffar y Diana de Armas Wilson. Ithaca: Cornell U. P., 1993. 227-235.
- Vila, Juan Diego. "El Quijote y la sugestión conversa: silencios, elisiones y desvíos para una predicación inefable", en Ruth Fine y Santiago López Navia (eds.). *Cervantes y las religiones*. Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2008, 521-546.
- Villanueva Fernández, Juan Manuel. "Los moriscos: el episodio de Ricote, ¿sentido irónico o simple historia?". *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Christoph Strosetzki. Alcalá de Henares: Ediciones del Centro de Estudios Cervantinos, 2011. 911-920.
- Villar Lecumberri. "Doquiera que estamos lloramos por España (El Quijote II. 54)", *Con los pies en la tierra. Don Quijote en su marco geográfico e histórico*. Homenaje a José Ma Casasayas, F. B. Pedraza Jiménez y R. González Cañal, Universidad Castilla-La Mancha, 2008, págs. 183-194.
- Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Instituto de Investigaciones Filosóficas: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- . *Los cuadernos azul y marrón*. Prefacio de Rush Rhees. Trad. Francisco Gracia Guillén. 2a. ed. Madrid: Tecnos, 1976.
- Zimic, Stanislav. "El drama del morisco Ricote: historia trágica de un amor incomprendido." en: *Los cuentos y las novelas del Quijote*. 2nd ed. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2003. 289-295.
- . "El drama de Ricote el morisco", en *Literature, Culture, and Ethnicity*, ed. Mirko Jurak Ljubljana: Ucné, 1992. 297-302.